
JESÚS: DIOS CON NOSOTROS

David Roper

La palabra *'Immanu'el*, que significa «Dios con nosotros», ocurre cuatro veces en la Biblia. Tres de estas (Isaías 7.14; 8.8, 10) tienen en gran parte un significado negativo y destructivo: Dios está con nosotros para castigarnos. Una de las veces (Mateo 1.23) tiene un significado positivo y constructivo: Dios está con nosotros para bendecirnos.

Dios está con nosotros para castigarnos

En Isaías 7.14, el primer uso de la palabra *'Immanu'el* detalla una bendición mixta. El rey Acaz era falso. Dios le envió a Isaías para anunciarle que a Siria y a Israel no se les permitiría invadir Judá, el reino que Acaz gobernaba. Acaz, que era impío e idólatra, no le dio importancia a lo que Isaías dijo, pues el malvado rey no confiaba en Dios.

Isaías le ofreció hacer cualquier señal que él pidiera, para probarle que Dios libraría a Judá. «[Demándala] ya sea de abajo en lo profundo, o de arriba en lo alto», le dijo Isaías (Isaías 7.11b). Acaz rehusó pedir señal. Al entrar en negociaciones para que, mediante sobornos, la poderosa Asiria fuera su aliada contra Siria e Israel, esta fue la hipócrita exclamación con apariencia de piedad que hizo: «No tentaré a Jehová» (Isaías 7.12). Dios se llegó a cansar de tanta falsedad, y se le acabó la paciencia para ayudar. Anunció que le daría al impío Acaz una señal no pedida, una señal de castigo: «Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel». Una mujer joven especial, llamada *ha'almah*, que significa: «la mujer joven», «la doncella» o «la virgen»,¹ llegaría a ser madre y llamaría a su hijo *'Immanu'el*, que significa: «Dios con nosotros». En el contexto de la época de Acaz, el nombre del niño anunciaba castigo. Por la presencia de Dios, Judá sufriría hambruna, miseria, espinos y zarzales. Las amenazas inmediatas que había en contra de Acaz, serían eliminadas, pero la maldad y doblez de ánimo suyas serían castigadas: Dios permitiría que Asiria invadiera las ciudades de Judá y pusiera sitio a la mismísima Jerusalén. Como consecuencia de ello habría hambruna. Si un hombre podía

mantener con vida una vaca, y podía encontrar miel en el campo, podría vivir a base de una escasa dieta de mantequilla y miel. Incluso el hijo especial llamado *'Immanu'el*, la señal profetizada, se vería también reducido a tan limitada dieta. El contexto del primer uso de la palabra *'Immanu'el* es, por lo tanto, agridulce —pero mayormente agrio.

El segundo uso de la palabra *'Immanu'el* (Isaías 8.8) es parte del mismo contexto. La tierra de Judá en sí es llamada *'Immanu'el*, es decir, una tierra en la que Dios está presente para ejecutar un castigo sobre los judíos.

Del mismo modo, el tercer uso de la palabra *'Immanu'el* (Isaías 8.10) anunciaba la amargura del sufrimiento, como parte del mismo ambiente en el cual se encuentran los dos primeros usos. Sería inútil y vano para los afligidos y atribulados judíos pedir consejo para derrotar a Asiria, pues, ¡he aquí a *'Immanu'el*! Dios estaba con Judá en la forma de un ejército pagano opresor, y el propósito de Dios no podía ser frustrado ni por la más brillante estrategia judía.

No hay nada agradable que se pueda encontrar en ninguno de los tres usos veterotestamentarios de la palabra *'Immanu'el*.

Dios está con nosotros para bendecirnos

Los estudiosos de la Biblia han observado por largo tiempo que algunas Escrituras fueron concebidas para tener dos significados, uno cercano y otro lejano. Ninguno es más famoso que Isaías 7.14. El niño llamado *'Immanu'el* en la época de Acaz fue un presagio, por el nombre que llevaba, de que Dios estaba con Judá para castigarlos. No obstante, había otra profecía oculta en esa Escritura del siglo octavo a. C. Otro niño llamado *'Immanu'el* había de nacer en la época de José y María (Mateo 1.23). Este sería una señal, no solamente por el nombre que llevaba, sino porque no tenía padre humano. Era verdaderamente «Dios con nosotros».

Si Jesús hubiera tenido padre humano, habría sido llamado *'Immanu'el*, «Dios con nosotros», en el mismo sentido que lo había sido el otro niño. Habría sido como todos los demás niños que tienen dos padres, perdiendo así Su singularidad. Había más implícito, por lo tanto, en el llamar a Jesús *'Immanu'el*, que en el llamar con este mismo nombre al niño del siglo octavo a. C. El desconocido muchacho de la época de Acaz no fue en modo alguno singular; sólo su nombre era señal de la presencia de Dios acompañada de ira. El muy conocido muchacho de la época de José era singular en sí mismo; era más que una señal por Su nombre: Era la presencia de Dios en la carne.

No hay nada en Isaías 7 y 8, los otros lugares en los cuales aparece *'Immanu'el*, que se compare en hermosura de ideas con la gloria del *'Immanu'el* de Mateo 1.23. En el significado neotestamentario, Dios no ha venido a estar con nosotros «para condenar» (Juan 3.17), sino para que nosotros podamos ser salvos por Él. El significado veterotestamentario de *'Immanu'el* sólo tenía importancia local para «la casa de David» (Isaías 7.13); el significado neotestamentario tiene importancia para «todo el mundo» (1^{era} Juan 2.2).

¡He aquí a *'Immanu'el*! La imagen misma de la sustancia de Dios se hizo carne (Hebreos 1.3; Juan 1.14). El que era Dios vino a su propia creación y participó de carne y sangre (Juan 1.1, 11; Hebreos 2.14). «En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Colosenses 2.9). Dios estaba en Cristo (Juan 10.37–38; 14.10–11, 20a). Esto es lo que leemos: «[...] Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la

palabra de la reconciliación» (2^a Corintios 5.19).

¹ *'Almah* puede significar etimológicamente una mujer joven casada o no casada (tal como *'elem*, que significa joven o muchacho, en 1^o Samuel 17.56; 20.22); sin embargo, no hay contexto bíblico que sugiera una *'almah* casada. Una de las definiciones que se les aplican a las siete ocurrencias veterotestamentarias de *'almah*, es esta: «en edad de casarse, pero no casada» (Génesis 24.43; Éxodo 2.8; Salmos 68.25; Proverbios 30.19; Cantares 1.3; 6.8; Isaías 7.14). Se supone que, por el uso de *'almah* (en lugar de *'ishsha*, que significa: «mujer o esposa», o de *negebah*, que significa: «sexo femenino»), Isaías 7.14 da a entender una muchacha no casada. No obstante, lo anterior no significa que en la época de Acáz fuera a ocurrir un nacimiento virginal. El texto sólo dice que una que era virgen en el momento que Isaías estaba hablando, más adelante se convertiría en madre. El asunto es muy diferente en los tiempos de José y María. Ninguna interpretación que no contemple un nacimiento virginal está a la altura del contexto de Mateo 1.23. (Las palabras a veces tienen usos extraños. *Bethulah* y *parthenos*, que normalmente se les considera palabras específicas para dar a entender virginidad, a veces son usadas para referirse a no-virgenes; Joel 1.8; Génesis 34.3; LXX.)

JESÚS: EL UNGIDO

David Roper

Un *mashiah* o unguido, es una persona sobre la cual se ha derramado aceite. Saúl hijo de Cis llegó a ser un *mashiah* de este modo (1^o Samuel 10.1). Del mismo modo, David llegó a ser un *mashiah*: «Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió» (1^o Samuel 16.13). La forma como se acostumbraba constituir a alguno para que fuera rey, era por medio de ungirlo con aceite.

Dios tomó la idea de *mashiah* para referirse a Su propio Hijo. Uno de los títulos que usó para describir a Jesús fue *Mashiah*, Su «Ungido» (Salmos 2.2). Daniel representó a Jesús como una persona de la realeza, llamándolo «el Mesías Príncipe» (Daniel 9.25).

La palabra hebrea *mashiah* llega al español como «mesías»; el equivalente griego, *Cristos*, se convierte en «Cristo». De algún modo, la mujer de Samaria que habló con Jesús junto al pozo, llegó a tener conocimiento de que la Deidad haría un advenimiento a este mundo como el *Mashiah* (el Mesías). Esto fue lo que dijo: «Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo» (Juan 4.25).

Uno de los discípulos de Juan, Andrés, también sabía que un título que la Deidad usaría al venir a

este mundo sería el de Ungido, el de *Mashiah*. Su voz debió de haberse acompañado de un profundo sentimiento cuando le dijo a Pedro: «Hemos hallado al Mesías» (Juan 1.41).

Pedro más adelante confesó: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16.16). Jesús felicitó a Pedro por su fe y declaró que la iglesia concebida en la sabiduría de Dios se edificaría sobre el hecho de que el nazareno era el Hijo Ungido de Dios. No obstante, técnicamente hablando, en el momento de la confesión de Pedro, Jesús no era el *Mashiah*, el Ungido. No fue sino hasta que sometió bajo Su autoridad la muerte y el sepulcro, y ascendió a la gloria, que Él fue ungido como el *Mashiah* de Dios. El día de Pentecostés, diez días después de Su ascensión, Jesús se presentó delante del trono de Su Padre para Su coronación. Figuradamente hablando, Su Padre derramó el aceite de la unción sobre Su cabeza. Le llamó a Jesús «Dios» cuando dijo:

Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre;
Cetro de justicia es el cetro de tu reino.
Has amado la justicia y aborrecido la maldad;
Por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo,
Con óleo de alegría más que a tus compañeros
(Salmos 45.6–7).

A partir de ese histórico momento, el día del Señor (probablemente el 26 de mayo del 30 d. C.), Él fue hecho oficialmente el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores (1^{era} Timoteo 6.15), el *Mashiah* especial.